



JOSEP ANDREU I ABELLÓ: UN ANIMAL POLITICO

SOMOS pocos los hombres con vocación política que vivimos la experiencia republicana y la Generalitat», dice Josep Andreu i Abelló, un auténtico «animal político» de dilatada vida, hombre de contactos, de diálogo, político que no rehúye la prudencia y tampoco la decisión. Josep Andreu i Abelló vive intensamente la política, la practica a fondo, en cierto modo tal como lo hacen los británicos, como una tarea entre apasionante y «profesional», aunque él también dice que le pesa la herencia de los suyos. Nació en Montblanc en un ambiente liberal y catalanista. Sus abuelos firmaron las Bases de Manresa. Su padre participó en la fundación de la Unió Catalanista. Y conserva la partida de defunción de un bisabuelo liberal, muerto en 1837 por el guerrillero carlista Llac de Copons. Cuando era pequeño, Josep Andreu escuchaba a los mozos hablar de las luchas entre liberales y carlistas. En un rellano de su casa había una mancha negra: era una mancha de sangre. Su abuela, que esperaba un hijo, había sido asesina-

da allí. La casa familiar de los Andreu i Abelló está en Pira, en la comarca de la Conca de Barberà. Su padre era propietario y pequeño industrial y perteneció a Acció Catalana. «En Montblanc y en Reus, adonde me trasladé muy pronto, el catalanismo de la Renaixença morió muy seriamente».

Montserrat Roig

«En mil novecientos veintitrés era secretario de la Associació Protectora de l'Ensenyança Catalana en Reus. Estudié el Bachillerato en Tarragona, y a los veinte años era ya abogado. Regresé a Reus, pero había hecho de pasante en Barcelona. Quería ser notario. Terminé de formarme en Reus. Presidí, ya en mil novecientos treinta, el Foment Nacionalista Republicà, treinta o cuarenta años después de mi abuelo. En el Foment se reunía todo el mundo, desde los socialistas y los sindicalistas libertarios, hasta los federales. Estuve en el acto fundacional de la Esquerra Re-

publicana. Recuerdo haber visto allí al señor Maclá, a Companys, a Marcellí Domingo, a Aiguader».

Josep Andreu i Abelló, pese a presidir el Comité Electoral, no pudo presentarse a las elecciones por ser demasiado joven. Sin embargo, le nombraron diputado —por la Conca de Barberà— a la Diputa-

tos en aras de la eficacia inmediata. Casi diría que fluctúa entre el idealismo de los antiguos líderes de la Esquerra y un agudo sentido de la realidad que debe provenir de sus antepasados. Tiene muy poco de «aquel apóstol iluminado», como dice él de Francesc Maclá, de aquel «apóstol» que iba por el mundo «predicando la buena nueva de la liberación de Cataluña». Andreu i Abelló no es precisamente un iluminado, aunque conserva, quizá en un ademán, en la mirada, en algunas palabras que fluyen de prisa las vibraciones idealistas de los antiguos. Todo ello, entremezclado, claro está, con la astucia del payés de Tarragona, artero y liberal, y carente de la ironía del «señor de Barcelona».

El mismo lo ha dicho: Son pocos los hombres con vocación política que vivieron desde dentro el fenómeno de la República y la experiencia de la Generalitat. Y menos aún que conociesen el meollo de esta experiencia: la vida de la Esquerra Republicana de Catalunya. Analizar esta vida es, como muy bien dice Isidre Molas, analizar la política ca-

HORA H



ENSAYOS Y DOCUMENTOS

LA PENINSULA MAÑANA,
¿PUEDE VIVIR PORTUGAL
SIN LAS COLONIAS?

DIEZ ECONOMISTAS
PORTUGUESES

Prólogo: Pablo Martí Zaro

EL ESTADO

GEORGES BOURDEAU

PRINCIPIOS GENERALES
DE LA COMUNICACION:
LA VISION
Y SUS AMBITOS COSMICO,
CEREBRAL
Y CINEMATOGRAFICO

CR. A. BLOM-DAHL ANDERSEN

EL MEDIO MEDIA:
LA FUNCION POLITICA
DE LA PRENSA

LORENZO GOMIS

ESPAÑOL DE DOS SIGLOS:
DE VALERA
A NUESTROS DIAS

JOSE LUIS CANO

MI MUSICA ES PARA
ESTA GENTE... (ENSAYOS)

FELIX GRANDE

RUSIA Y ESPAÑA:
UNA RESPUESTA CULTURAL

MIJAIL ALESEEV

Versión directa del ruso
y prólogo:
José Fernández Sánchez

EL PENSAMIENTO POLITICO
DE JULIAN BESTEIRO

ANDRES SABORIT

Prólogo: Emiliano M. Aguilera

HISTORIA
DE LA ARQUITECTURA
OCCIDENTAL I: DE GRECIA
AL ISLAM

FERNANDO CHUECA GOITIA

PERSPECTIVAS
DE UNA EUROPA RAPTADA

LUIS DIEZ DEL CORRAL

SEMINARIOS Y
EDICIONES, S.A.

SAN LUCAS, 21. TELEFONO 410 54 88
MADRID-4

Josep Andréu i Abelló

talana durante todo el periodo republicano. «El 14 de abril ya se vela venir. Sobre todo en una ciudad como Reus, era más fácil detectar el entusiasmo plebiscitario de la gente. Aquella fecha representó la ruptura con la estructuras políticas de oposición. Teníamos una figura emotiva, con señorío, con carisma: el señor Maciá, muy amigo de mi abuelo materno. Maciá fue mi padrino de bodas. Era como un Gandhi, como un De Valera, una personalidad irredenta que aglutina a un país. Le considero el primer político catalán que se dio cuenta de que Cataluña no saldría adelante si no incorporaba a las masas obreras al sentimiento nacional. Antes de la República despertaba un interés minoritario. Pero su extraordinaria humanidad, su idealismo por encima de todo, levantaron a nuestro pueblo. Daba en el clavo incluso con los slogans que hoy se califican de pequeño-burgueses, como el de "la caseta i l'hortet" ("la casita y el huerto"). Al fin y al cabo esto es aún una aspiración. Hoy, dentro de la sociedad de consumo, la casita se ha convertido en el piso, que se paga a plazos. Mi trayectoria con la República está llena de tareas multiplicadas. Trabajé, por ejemplo, a fondo dentro de la Comisión parlamentaria que redactó el Estatuto Interior de Cataluña. Y actué como presidente de la Comisión de Justicia del Parlamento de Cataluña».

—¿Cómo vivió el dieciocho de julio?

—Estaba de vacaciones con mi mujer y mi hijo en el Mas Musté, de Reus, situado en las afueras de la ciudad. Naturalmente, yo vivía muy de cerca todos los acontecimientos de Madrid, y creía que había que hacer todo lo posible para evitar la violencia que se extendía por toda España a excepción de Cataluña, y que podía desencadenar la guerra civil. En la Cataluña autónoma no imperaba la violencia. El gobierno de la Generalitat, después del triunfo electoral del dieciséis de febrero, era un gobierno que sabía gobernar, y la paz y el orden estaban asegurados precisamente por un gobierno de izquierdas y elegido por el pueblo. Había más orden que en el resto del territorio republicano que estaba gobernado desde Madrid. Más aún: había más orden y paz social que en Francia.

—¿Quiere decir que era cierto aquello del «oasis catalán»?

—Exactamente. Este calificativo no se lo inventó ningún hombre de izquierda, sino un periodista de derecha y muy hostil a las izquierdas como Manuel Brunet. El que iba a escribir después de la guerra en «Destino» con el pseudónimo de «Romano». Cataluña, desde el dieciséis de febrero hasta el dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis, fue el «oasis» de la República. Y así lo reconocieron hombres como Francesc Cambó, Joan Ventosa i Calvell y Gaziol, este último en un memorable artículo «El Arca». E incluso lo reconoció la prensa de Madrid. Desgra-

ciadamente, el oasis fue devastado por el julio de mil novecientos treinta y seis y no por culpa del gobierno catalán ni del pueblo catalán. Esta es la realidad histórica, que nadie puede discutir.

—Ha mencionado a hombres de la Lliga, ¿qué piensa de su actuación de entonces?

—En aquellos días, la Lliga se había reincorporado al Parlamento de Cataluña, y tanto contribuyó a establecer el clima de convivencia y juego democrático la mayoría, que era la Esquerra, como la minoría, que era la Lliga.

—La lástima es que después parece que no creyeron demasiado en ese clima de convivencia... ¿Le parece que vuelven a aparecer algunos elementos de la Lliga, aunque disfrazados de otra manera?

—Hace algunos años, hablé con distintas personas que habían pertenecido a la Lliga o que eran herederas de grandes figuras de aquel partido, y les pedí que hicieran resurgir la Lliga. La verdad es que no tuve ningún éxito. De todas maneras, creo que en la derecha catalana existe un espíritu de diálogo y de concordia catalana que facilitaría el restablecimiento de la democracia.

—¿Qué piensa de los calificativos que se atribuyen actualmente algunos de los elementos de la derecha catalana?

—Quisiera que no cayesen en el error de querer hacer de izquierdas. Las derechas tienen que presentarse tal como son.

—Y, como tales, les corresponde defender intereses que les son propios... ¿Y si volviéramos al dieciocho de julio?

—Sí. Yo estaba de vacaciones, como mucha gente. Porque, tal como decía, en Cataluña, no existía ni el más ligero clima de guerra civil. Si el Gobierno de Madrid hubiese autorizado al presidente Companys a encarcelar a la docena de oficiales que conspiraban, en Cataluña no habría habido alzamiento alguno.

—¿Eran conocidos estos oficiales?

—El gobierno catalán los conocía perfectamente. Pero ni Azafra ni Casares Quiroga lo permitieron.

—¿Qué consecuencias tuvo para Cataluña esta falta de previsión?

—Aunque en Barcelona el alzamiento fue derrotado, logró desorganizar, e incluso desahacer la estructura de gobierno del país. El país quedó a merced de bandas in-



Josep Andréu i Abelló, cuando era joven diputado del parlamento de Cataluña.



1 Congreso Jurídico Catalán. De izquierda a derecha: Pere Bosch Gimpera, Josep Andrés i Abelló, Carles Pi-Sunyer, Ventura Gassol, Amadeu Hurtado, Josep Roig y Bergadà i Raimon d'Abadal.

controladas. El «oasis catalán» había quedado destruido.

—¿Tiene usted alguna experiencia concreta e inmediata de estas bandas incontroladas?

—En Reus, donde me hallaba, algunos grupos empezaron a asaltar iglesias y conventos. Alguien me llamó para decirme que unos hombres armados intentaban pegar fuego a la iglesia de San Francisco. Yo telefoneé en seguida a un oficial de Correos, Ramiro Ortega, que era socialista y presidente de la Alianza Obrera, a ver si quería venir conmigo. Lo aceptó. Y los dos solos entramos en la iglesia en el momento en que unos cuantos hombres se dedicaban a disparar contra las imágenes y a amontonar objetos para pegarles fuego. Después de una larga discusión conseguimos convencerlos de que no era aquel el camino para defender la República y el gobierno de la Generalitat de la agresión fascista. Se retiraron, pero en Reus, como en tantos otros lugares, incendiaron más adelante iglesias y conventos, y unos cuantos habitantes de Reus murieron en manos de los incontrolados.

—Incontrolados que sólo consiguieron provocar un pánico visceral en muchos catalanes ante la palabra «revolución»... ¿Se quedó en Reus o volvió a Barcelona?

—Volví en seguida a Barcelona a ponerme a las órdenes del gobierno de la Generalitat. En Barcelona contribuí en todo lo que estuvo a mi alcance para evitar el desbarajuste que el alzamiento había provocado. Y también para salvar la vida de muchas personas.

—¿Qué fue lo que se logró?

—Muchísimo. Miles de ciudadanos que temían por su vida pudieron salir del país gracias a los pasaportes que el gobierno de la Generalitat les proporcionó. El día que algún historiador estudie con

objetividad lo que pasó en una y otra zona, todo el mundo podrá saber la verdad.

—Ya empezamos a tener ganas de que ocurra...

—Lo que pasó en Cataluña es bastante conocido. Y tan sólo ahora empezamos a saber qué es lo que pasó, por ejemplo, en la provincia de Granada. Y, con toda objetividad, hay que decir que aquello fue mucho más grave. Por otra parte, los autores de los delitos cometidos en Cataluña durante los primeros meses de la guerra empezaron a ser detenidos, encarcelados y procesados por la administración de justicia de Cataluña a partir de mil novecientos treinta y siete, cuando yo era presidente de la Audiencia Territorial de Cataluña.

La casa de Andrés i Abelló está en un barrio rico de Barcelona, en la parte alta de la ciudad, muy cerca del Instituto Británico. Un barrio que, en la medida de lo posible, pretende ser una especie de vergel urbano. Un barrio silencioso y pulcrísimo, con escaleras de servicio y porteros fieles. La portería está limpia, protegida por vidrios, es ultramoderna. Los pisos son de puertas anchas, acolchadas, refugio de la vida privada de los bienestantes. Me ha abierto la puerta una criada con aspecto de estar haciendo la limpieza general del piso. Este es ancho y está inundado de luz, porque los balcones están completamente abiertos a la calle. Es un piso donde se respira la limpieza de los ricos, así como su olor. Hay objetos de arte por toda la casa, repartidos de un modo curioso, que obedecen a un orden establecido por alguien y son una mezcla de todo el pasado de Andrés i Abelló: reflejan sus recuerdos de Francia, de Méjico, del Norte de África, de Marruecos. Tenía Mirós y Picassos que perdió

durante la guerra. Una gran sala rectangular acaba, en forma de ángulo, en un comedor presidido por una enorme araña.

—¿Y cómo fue nombrado presidente de la Audiencia?

—Unas semanas después del diecinueve de julio, Companys me convocó y nos reunimos con Joan Casanovas, entonces jefe del gobierno de la Generalitat. Examinamos la caótica situación que había provocado el alzamiento en la organización de la justicia en Cataluña. Resultaba que un grupo de incontrolados se había instalado en el Palacio de Justicia y había formado una llamada Comisión Jurídica, presidida por Eduardo Barriobero. Colaboraban en ella otros abogados conocidos como defensores de la CNT, y algunos militantes cenetistas que eran de los más extremistas y violentos. Las prisiones estaban llenas de detenidos que habían ingresado en ellas por orden de los Comités y grupos diversos que surgían por todas partes en aquellos días. Companys, además, se había enterado de que unos llamados Comités de Defensa pedían al presidente de la Audiencia en funciones la libertad de algunos militares profesionales encarcelados, diciendo que los necesitaban para incorporarlos a las columnas que iban al frente de Aragón. Y después resultaba que eran fusilados sin ninguna clase de juicio. Conviene decir que era semejante la situación que se daba en uno y otro campo. Companys quería acabar con aquella situación. Pero resultaba que el presidente de la Audiencia, Fernández Moreda, se había ido de vacaciones a la Rioja, de donde era hijo, para ver a sus familiares. Allí tropezó con el dieciocho de julio y fue fusilado, acusado de haber aceptado un cargo del gobierno autónomo catalán. Le sustituyó el

presidente de la Sala Primera. Era una persona excelente, pero no podía mantener su autoridad. Por otra parte, el presidente del Tribunal de Casación de Cataluña había adoptado una actitud de inhibición. Había que designar, pues, un presidente de la Audiencia que restableciera la legalidad republicana y pusiera fin al caos. Me pidieron que aceptara el cargo. Ni que decir tiene que era consciente de la gran responsabilidad que caería sobre mis hombros. Tras mucho meditarlo, acepté. No podía desertar en aquellos momentos.

—Usted estaba en un puesto de mucho compromiso. ¿Cómo podía ayudar a resolver aquel caos que habían provocado los sedientos de cambio? Por ejemplo: ¿Cómo se las arregló con el problema de los encarcelados sin causa? ¿Qué clase de gente eran?

—Muchos eran clérigos y monjes; también había ciudadanos conocidos por su religiosidad. Era peligroso ponerlos en libertad en aquellos momentos en que el orden público aún no había sido dominado. Mientras estaban en la Modelo, su vida no corría ningún riesgo. Yo tenía plena confianza de las fuerzas de la Guardia Civil que custodiaban la cárcel y también en los funcionarios. Seguí el camino siguiente: Me puse en contacto con el doctor Vila d'Abadal, un dirigente de la Unión Democrática de Catalunya, y le di una larga lista de presos. Le dije que si quería los pondría a todos en libertad, pero que me parecía mejor que fueran saliendo a medida que hallaran domicilios donde fueran acogidos o tuvieran tramitado el pasaporte para ir a Roma. Para conseguir estos pasaportes le ofrecí mi colaboración. Así lo hicimos, y afortunadamente salvamos la vida de toda aquella gente. Es una lástima que no se haya escrito un libro sobre la tarea admirable que llevó a cabo el doctor Vila d'Abadal.

—Y de los otros presos, ¿qué se hizo?

—Fueron puestos a disposición de los jueces correspondientes. Estos dieron la libertad a los que no tenían causa, y los otros fueron juzgados de acuerdo con las leyes vigentes.

Andrés i Abelló no me oculta que ha sido un hombre moderado y muy respetuoso con la religión. Recuerdo que la primera vez que nos vimos me contó que durante la guerra le habían atacado mucho por haber salvado a muchos curas. Me dijo que la escabechina había sido horrible, y que una vez hubo de salvar a un amigo suyo que tenía cara de sacerdote y, sin embargo, se había casado tres veces. Añadió que lo único que le pasaba a su amigo es que tenía la cara triste.

—Antes ha dicho que en la Cataluña republicana, a partir de mil novecientos treinta y siete, empezaron a detener, encarcelar y procesar a quienes estaban acusados de cometer actos delictivos, tales como ejecuciones sumarias, en los primeros meses de la guerra. Esto es muy poco conocido.

Josep Andréu i Abelló

—Es bien sabido que durante los primeros meses de la guerra fueron ejecutados en Cataluña muchas personas. Estos hechos fueron denunciados y condenados públicamente por todas las organizaciones políticas y sociales antifascistas. Basta sólo con recordar los famosos artículos de Joan Peiró, tan admirable y honesto, que recogió en su libro *Perill a la rearguardia* (*Peligro en la retaguardia*). Ahora bien, al hablar de tales hechos hay que pensar en el contexto de la época, en uno y otro bando del combate. En el caso de Cataluña se ha exagerado muchísimo el número de víctimas. Fueron muchas, como ocurre en toda situación revolucionaria. Como pasó en Francia al terminar la segunda guerra mundial, y en Italia, por ejemplo. Pero lo que es importante es que en la Cataluña republicana la administración de justicia empezó a perseguir a los culpables en plena guerra. Fueron desenterrados los cadáveres de los asesinados del cementerio de Moncada para identificarlos. Fueron detenidos los presuntos autores y encarcelados, y pronto se inició un procedimiento contra ellos.

—¿Es verdad que durante la guerra fue usted objeto de varios atentados?

—Sufrí tres atentados. El primero, cuando unos elementos intentaron secuestrarme al estallar los hechos de mayo, y se apoderaron de mi coche en unos momentos en que yo no iba en él. En otra ocasión cosieron mi coche a balazos, agujerearon mi americana e hirieron a dos o tres que iban conmigo. Como que tenía la americana agujereada, creí que estaba herido. Había leído en alguna parte que la herida, cuando está caliente, no se siente, y llegué a mi casa completamente convencido de que lo estaba. Me quité la americana y la camisa. Me busqué la herida y no la encontré en ningún sitio. En cambio, un guardia civil que vino corriendo a ver si yo estaba herido, lo manchaba todo de sangre porque tenía los dos brazos atravesados y no se había dado cuenta. Pero no vale la pena hablar demasiado de esto...

Josep Andréu i Abelló, hombre contemporizador, tiene muy en cuenta la difícil balanza de los equilibrios actuales. Es un hombre medurado, correcto en las palabras, parco en los juicios sobre los demás, a veces un poco brusco y tajante en la conversación, sabe conjugar con gracia lo que ha heredado del pasado mítico y lo que le aporta su profundo sentido práctico de la vida. Rechaza toda política nostálgica: «Hoy los problemas son otros. Creo en la juventud, en un gobierno de personas entre los treinta y los cincuenta años; después ya no deberíamos meternos más en esas cosas para nada». La lástima es que él, un hombre ya cansado, haya de hacer la tarea que correspondería a la generación de en medio, una generación repleta de tecnócratas, de pájaros enjaulados y taciturnos, púlicos, y que, sobre todo, tienen miedo. Que tienen mucho miedo a ser libres.

Una generación desprovista de emotividad e impulsos, porque ha sido obligada a aceptarlos de fuera y a ser sometida a unos símbolos que después quedaron reducidos —por suerte, eso sí— a la nada, una generación a la que nunca se ha preguntado y que nunca ha podido elegir su destino. Era muy distinta la generación de Andréu i Abelló: El y los de su edad pertenecen a una época en que todo hacía suponer que la edad biológica correspondía a la histórica —una república joven en plena juventud!—, cuando los jóvenes iban por los pueblos defendiendo lo que habían elegido en un clima de convivencia voluntaria. A los que fueron educados en época de tinieblas, ahora les cuesta hablar en público porque nunca lo han hecho, y algunos, dotados de una voluntad envidiable, tratan de convencer con tonos demasiado rectilíneos y de los que la emoción —quizá por un falso temor al ridículo— es sistemáticamente apartada. Algún día tendremos que hablar de esta castración.

Después de ocupar cargos en una ciudad conmovida —fue también presidente del Ateneo—, y en un país que muy pronto empezaría a agonizar, empezó el exilio para Andréu i Abelló y para tanta otra gente. Muchos no volvieron; otros, como Companys, iban a volver para morir. La vida de Andréu i Abelló iba a quedar truncada, aunque él seguiría siendo un «animal político»: una vida dispersa, con aventuras quizá apasionantes y que todavía no se pueden contar, un ansia por regresar, un paréntesis fascinante en Tánger y un final más bien sedentario, pero con una febrilidad política que va in crescendo. Hoy Andréu i Abelló no tiene miedo, pese a las preocupaciones, las decepciones, las negativas de según quién y las defecciones... «Para hacer política —me dice— hay que tragar muchos sapos». Y esto lo dice tal vez no muy convencido, pero sintiendo la necesidad frenar sus palabras contra ciertas brillantes e irresistibles ascensiones.

«Me quedé en Barcelona hasta el último momento. Cuando el enemigo estaba a punto de entrar en la ciudad, recogí con mi automóvil y mi escolta al presidente de la Generalitat, Lluís Companys. Eran cerca de las tres de la madrugada. La ciudad estaba silenciosa, no circulaban personas ni vehículos. Con el presidente quisimos ir por última vez a la plaza de San Jaime. Allí, el presidente, triste y emocionado, dijo: «Tardaremos mucho tiempo en regresar a nuestra tierra». ¿Cómo iba a imaginar que no tardaría demasiado en volver?...

—Por lo que se dice, parece que Companys tenía el espíritu vencido.

—Quizá al principio. Pero en seguida cambió, esto era sólo fruto de la emoción de la partida. Los primeros tiempos del exilio fueron los más tristes de mi vida. El primer año murieron muchos refugiados. Tanto en los campos de concentración como fuera. Los refugiados de más de setenta años no lo

podían resistir. Habían ciertamente los problemas económicos, pero también el cambio de vida, de ambiente... Estaban Joan Moles, los hermanos Alguader... Había muchísima gente, incluso grandes personajes y generales, que no tenían ni un céntimo.

En cierta ocasión, Andréu i Abelló me contó el caso del capitán general de Cataluña, Llano de la Encomienda. El hombre fue a parar a México, donde el único trabajo que encontró fue de cajero en un Banco. Un día entraron unos atracadores y le dijeron: «¡Manos arriba!». Y él contestó: «Yo soy un general español, y los generales españoles nunca levantan las manos». Le dispararon un tiro y la bala le entró por la boca y le salió por atrás: le faltó poco para morir.

—Los jóvenes podíamos superar mejor todos los problemas. A mí

clás que nos llegaban de Cataluña eran desoladoras... Y muy poco podíamos hacer nosotros para hacer sentir nuestra voz al mundo, cuando pedíamos la intervención de la Iglesia y de los gobiernos para que acabasen con la tragedia que representaba la represión en nuestra tierra...

—El problema de los refugiados era de la suficiente gravedad como para intentar alguna colaboración entre vencedores y vencidos... ¿Se intentó realmente algo de esto?

—Sí, y por iniciativa nuestra. Pero fracasó. Y no por nuestra culpa. Prieto nos explicó en la primera reunión de la JARE (1), a la que asistí, en París, que los bienes que habían llegado a México, a bordo del buque «Vita», consistían en unas decenas de maletas precintadas cuyo valor exacto desconocía. Ante el terrible problema humano



Palacio de Justicia de Barcelona, noviembre de 1937. De izquierda a derecha: Pere Bosch i Gimpera, consejero de Justicia de la Generalitat; Manuel Irujo, ministro de Justicia del Gobierno Central; Mariano Gómez, presidente del Tribunal Supremo, y Josep Andréu i Abelló, presidente del Tribunal de Casación.

no me afectaban tanto ni a mi mujer. Ella, pese a haberse educado en el mundo de la burguesía, supo aguantar muy bien. Algún día tendremos que hacer un homenaje a las mujeres de los refugiados. Muchos de los refugiados viejos murieron porque ya no deseaban vivir. Los jóvenes teníamos por lo menos la esperanza de volver. Cada día recibíamos cartas y más cartas de amigos y conocidos que pedían ayuda para conseguir documentos que legalizasen su presencia en Francia, que les permitieran salir de los campos de concentración. Ayuda económica y, por encima de todo, alguna manera de llegar a América. Por otra parte, las noti-

que representaba la situación de los centenares de miles de refugiados. Prieto propuso que se iniciaran negociaciones con el gobierno de Burgos para devolver los bienes del «Vita» a cambio del regreso de la mayoría de los refugiados a España, con la garantía de que no sufrirían represalia alguna. Y que sólo quedarán en el exilio aquellas tres o cuatro mil personas a las que, por sus cargos de gobierno o en la dirección de los partidos políticos y sindicatos, el gobierno de Burgos no quisiera admitir. La propuesta fue aceptada por unanimidad.

(1) Junta de Auxilio a los Refugiados Españoles.



Homenaje a Isidro Favella, primer delegado de Méjico en las Naciones Unidas. En primer término, de izquierda a derecha: León Felipe, Alvaro de Albornoz, el general Miaja, Félix Gordón Ordás, Isidro Favella, Diego Martínez Barrios, Josep Andréu i Abelló e Indalecio Prieto. Detrás, entre otros: José Giral, Joan Moles, Tomás i Piera, Enrique Díaz Canedo, Cándido Bolívar y Rossend Carrasco i Formiguera.

dad, y Prieto se ofreció para negociar el asunto con el embajador del gobierno de Burgos en París, Félix de Lequerica. La entrevista tuvo lugar en el domicilio parisiense del famoso doctor Teófilo Hernando Lequerica, que iba acompañado del agregado militar de la Embajada, Antonio Barroso, estuvo totalmente de acuerdo con nuestra propuesta, según nos informó Prieto, y manifestó que tenía esperanzas de que fuera aceptada por el gobierno de Burgos. Pero Burgos, después de algunas vacilaciones, desestimó nuestro ofrecimiento. Así, ante la trágica situación de los refugiados, no tuvimos más remedio que destinar los bienes del «Vita» a atender las necesidades más elementales de toda aquella gente.

—Me parece que no todos los bienes del «Vita» se destinaron a ayudar a los refugiados...

—Es cierto. Al abrirse las maleas precintadas en México se descubrió que contenían el radio de diversos centros y hospitales españoles. Aquello era un tesoro. Si lo vendíamos sabíamos que podríamos ayudar a muchos refugiados que luchaban contra la miseria. Pero, en cambio, condenábamos a muerte a muchos enfermos que se habían quedado en la Península. ¿Qué podíamos hacer? El dilema se nos presentaba entre los refugiados y los enfermos. Prieto y los demás decidieron devolver el radio a España, y tras vencer muchas dificultades, el material fue inmediatamente entregado al embajador de España en La Habana. Hizo de intermediario el Presidente cubano, Fulgencio Batista.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en México?

—Cerca de siete años, hasta mil novecientos cuarenta y seis. Durante aquel tiempo sólo me dediqué a los refugiados y a la política.

Sólo pensaba en el regreso. Terminó la guerra mundial y mi trabajo en la JARE, y decidí regresar a Europa. Aquellos años en México fueron un desastre económico. Como administrador de la JARE sólo cobraba cien dólares al mes, lo justo para vivir estrechamente. Llegué a Europa sin dinero y además con deudas. De mil novecientos cuarenta y seis a mil novecientos cuarenta y nueve viví en París trabajando de abogado, y después me fui a Tánger, que entonces era plaza internacional, como director de un Banco.

—Y empezó a ganarse la vida...

Andréu i Abelló, que me ha recibido un día húmedo de este mes de mayo, va perfilando su vida de manera lenta. Habla poco a poco, algo engoleado. Quiere convencer, le gusta matizar y evita los despropósitos cuando habla de los demás. Oculta voluntariamente sus pasiones. Me ha recibido a las diez de la mañana con una elegante bata de color azul oscuro sobre un pijama azul claro. Ha entrado con una mano en el bolsillo y un habano. Es hombre de tertulias, de café, copa y puro. Se ha repantigado en una butaca al lado de la ventana y ha empezado a charlar con la seguridad de siempre. Andréu i Abelló no es un hombre demasiado alto. Tiene complexión fuerte, espaldas anchas, papada de años, cuello corto, labios finos, sonrisa menuda y contenida, ojos pequeños, juntos y más bien tristes, gafas prominentes, cejas espesas, respetables, que no llegan a molestar; cabellos algo desordenados, rizados, ahora de color blanco, pero antaño seguramente muy negros, según se infiere de las cejas. Su aspecto es el de alguien a quien le gusta la buena vida, los placeres menudos y la comodidad física. Recuerdo que una vez que me lo encontré

en una cena de homenaje a Joan Miró me dijo que él era optimista, como todos los gordos.

—¿Conocía usted, estando fuera, la lucha por la supervivencia que se libraba aquí en Cataluña?

—Sí, en parte. Muchos catalanes no relacionados con el mundo cultural también se mantuvieron en una posición digna, de rechazo silencioso contra las disposiciones de abolición del Estatuto, contra todo lo que discriminara la lengua y la cultura. No iban al cine si tenían que alzar el brazo. Evitaban telefonar si les interrumpían una conversación telefónica en catalán. Los catalanes del exilio mantuvimos en pie las instituciones catalanas y publicamos centenares de revistas, libros, boletines, opúsculos. Al terminar la segunda guerra mundial, aquí renació la ilusión del restablecimiento de la democracia. Se ha empezado a hacer la historia de aquellos años heroicos, cuando muchos de los nuestros, alladófllos que no desfallecían, tomaban continuos riesgos: los sindicalistas, el llamado Front Nacional, algunos sectores cristianos en torno a Serrahima, Félix Millet, Coll i Aletorn, Josep Benet, Joan Sansa, Cañellas... En otro sentido desempeñó un gran papel Josep María de Sagarra. También se mantuvieron con dignidad Durán i Ventosa, Abadal, Martínez Domingo y otras figuras de la Lliga. Los exiliados regresaban. Vicens Vives evolucionaria, y las nuevas generaciones se agrupaban en torno a Pous i Pagés y Carles Ribá. El abad Escarré se convierte en una especie de custodia del espíritu de Cataluña. Conservó aún viva la memoria de la emoción de la conversación que tuvo con él pocas horas antes de morir...

—Me parece que mezcla política, cultura y lengua. Quizá olvida

también los sectores que más sufrieron, como los obreros, porque su derrota fue doble, como obreros y como catalanes. No todas las actitudes obedecían a un mismo propósito.

—Quizá, pero dar a cada uno lo suyo, en las catacumbas, siempre es difícil. Uno de los fenómenos decisivos para el país es la asunción del hecho catalán por los obreros. ¿Hace falta recordar la conmoción que han provocado los dieciocho concejales del Ayuntamiento de Barcelona con su «no» a la lengua catalana? Los hombres de representación política en Cataluña han ligado la defensa de nuestros derechos como pueblo con una gran corriente unitaria que tiene bastante capacidad de convocatoria. No la haré la lista de los encarcelados, multados, represaliados...

—¿Qué idea tiene de nuestro futuro?

—Deseo una solución confederada para el Estado español. Mientras tanto, lo mínimo de donde debemos partir es del Estatuto de mil novecientos treinta y dos. La gente no se mueve por ideas, sino por programas. Hay que acabar con la guerra civil, dejarla para los historiadores. Hay que echar por la borda muchas cosas podridas: la corrupción y los poderes absolutos, los resentimientos, vengan de donde vengan.

—¿Y qué opina de la reaparición de algunos políticos catalanes que desde hace un tiempo sólo se sienten atraídos por otras gestiones más próximas y materiales?

—Estas nuevas aportaciones a la política son positivas, pero siempre que no creen confusionismos y se mantenga el espíritu de unidad del pueblo tal como ha existido en estos últimos años.

—¿Tiene usted relaciones con ellos?

—En principio tengo relaciones correctas con todo el mundo. Pero personalmente lo que creo más indispensable es que empiece a actuar un partido de derecha catalana como continuación del espíritu de la Lliga. Las izquierdas y las derechas tenemos que colaborar de verdad para restablecer la democracia y la libertad de Cataluña.

Andréu i Abelló, obligado a hacer cosas que no habría hecho si la Historia hubiera ido por otros caminos, es un hombre de concordia, de unidad. No es un hombre de falsos pactos ni de tácticas cambiantes. Un hombre que todavía cree en los acuerdos de Yalta, ligado a la vida política hasta el tuétano, un ejemplo vivo del catalán pragmático. En su caso no se trata más que de una feliz conjunción del idealismo de los viejos mitos catalanes y de una aguda percepción de la realidad que le rodea. Cree, y supongo que no por ingenuidad, en la evolución de otros políticos. Quizá desea creer en ello, porque, ciertamente, lo que de verdad le mueve es lo mismo que dijo hace treinta y tres años en México: «Creo en el futuro de Cataluña porque tengo fe en mí mismo y en mi pueblo». ■ M. R. Fotos: PILAR AYMERICH Y Archivo.